

tos, Iglesia, ley, predicadores della, ministros de nuestra salud, ruegos, regalos, amenazas, prendas de vida eterna, y otras cosas sin cuento; pues quien todo eso ha dado, ¿qué me negará? ¿Por qué he de desconsolar-me? Por qué he de pensar que el trabajo me envia para mal, sino para mucho bien? Todo nos lo enseñó, á pensar y á confiar en lo espiritual y temporal recebido, el gran profeta David; especialmente considerados los bienes del espíritu que hemos recebido, que sobrepujan las fuerzas humanas para entenderlos.

Esto hace breve y elegantísimamente en un salmo que comienza: El Señor es mi pastor y me gobierna y apacienta, y sé que por esta razon ninguna cosa me faltará; y luego va diciendo en particular los particulares beneficios espirituales por estilo de metáforas pastoriles, para que mejor entendamos el cuidado de nuestro gobierno y providencia suya. Lo primero, cuando me sacó del abismo de la nada y me dió ser, y me puso en un lugar fértil y de varios y lindos pastos, que son: doctrina, ejemplo, escarmientos, sacramentos, escrituras, que es la dehesa de la santa Iglesia, como naciesen otros entre moros, turcos y herejes; crióme sobre las aguas, que sirven, no solo de beber, sino de sustento principal; aguas frescas y sustanciales. Plinio dice que hay un género de ovejas que, entrando en el agua, se hacen de prietas blancas; mucho mejor muda el alma el color entrando en estas del bautismo, que lava toda la tizne del pecado. De aquí entiende David; y así, otros leen en este verso: Sobre aguas de regeneracion me crio. Y porque al tiempo del amanecer de la razon es necesario saber á quién servimos, y convertirnos á él, eso hizo el Señor, convirtiendo mi ánima á su conocimiento; llevóme de la mano por las sendas de la virtud, que son las obras buenas, porque sin ellas no basta aquel conocimiento y conversion. Y de aquí es que, llevando tan buena guía y braceró, aunque me vea en el último trance de la muerte, no temeré los trabajos, porque vos, Señor, vais conmigo. Vuestra vara y báculo, que son los instrumentos de vuestro castigo, y para reducirme sin hacerme mal (como el cayado del pastor para las ove-

jas), esas me tienen consolado y reducido (que ambas cosas significa aquel vocablo, del cual se deduce el nombre Paraceto del Espíritu Santo). Tras esto, aderezáste-me, Señor, antes que lo supiese yo pedir ni entender, delante de mí una abundante y real mesa, que es de vuestro santo cuerpo y sangre, valiente y vencedora contra mis enemigos, que tiemblan de veria. ¿Quién no temerá, viendo sentado á vuestra mesa al que él quiere perseguir, sabiendo que sois el poderoso y el que solo sabeis librar, y comiendo lo que vos comeis, que es á vos mismo, que sois la fortaleza del convidado? Ungistesme, Señor, con el olio santo de los demás sacramentos, y con el de la devocion mi cabeza, para que os pueda servir con alegría; y distesme á beber de un cáliz de vuestro amor, que saca de sí á los que lo beben. ¡Oh cuán hermoso y dulce es! Y esta misericordia que Dios usa conmigo, no es para un día ni dos, ni hay temor con que se pierda cuanto á su parte toca, porque la usará todos los días de mi vida, hasta ponerme en posesion de la casa de Dios, que durará por largos y eternos años.

Pues ¿qué mejor triaca ni cabeza de víbora contra las mordeduras, que esta palabra de Dios, de que su providencia nos cubre con tanto cuidado en cuerpo y en alma, vida y salud eterna, en los pensamientos como en las obras y palabras, y en los mayores trabajos que sucedieren? Vengan pues, Señor, los que vos mandáredes, afligid este cuerpo y alma á vuestra voluntad en esta vida; que, aunque esto no fuera tanto interese mio, basta ser voluntad y providencia vuestra, que todo lo veis, todo lo sabeis, todo lo amais, y nada aborreceis de cuanto criásteis; hechura soy vuestra, oveja vuestra y criatura vuestra; á vuestro cargo está mi sustento y mis caminos, en buenos ojos y en buenas manos cayeron, ojos de Dios y manos de padre piadoso y misericordioso, que de los males saca bienes por el que nos desea; vos sois el dueño de todo, venid cuando quisierdes, cortá por donde fuere vuestra voluntad; que gloria mia es y de todo el mundo ser, padeciendo, instrumento, aunque indigno, de vuestra gloria.

## LIBRO SÉPTIMO.

DE LA PACIENCIA EN LAS INJURIAS, AGRAVIOS Y OTRAS OFENSAS.

### PRÓLOGO.

No tiene cosa la ley del Evangelio que mas espante al mundo ni por mas dificultosa se publique, que haber el cristiano de tener paciencia en las injurias y perdonarlas, y amar á quien se las dice ó en cualquier manera le agravia. De aquí es que, calificando un filósofo las leyes y sectas, dijo de la de Mahoma que no entendia cómo hubiese gente de entendimiento que tuviese ley tan puerca; de la de los judíos dijo que era ley de niños, pues no decia el espíritu con la boca; y que la de los cristianos era imposible guardarse, pues man-

daba, no solo perdonar, sino tambien amar á los enemigos y injuriadores. La misma dificultad muestran sentir los mundanos; y los unos y los otros hablan y sienten con poca experiencia ó consideracion de lo que puede y obra en el corazon de un hombre la gracia y favor de Dios. De aquí es tambien que cuando preguntó san Pedro al Señor hasta cuántas ofensas perdonaria á su prójimo, si bastaria tener paciencia y perdonar hasta siete veces, pensando que se habia alargado mucho, porque le detenia la mala costumbre que veia en el mundo, donde hasta una vez con dificultad perdonan los hombres, y después desta, pocos ó ninguno hay que

perdone la segunda, cuanto mas siete. A lo cual respondió el Señor que, no solo siete, pero setenta veces siete. Ensanchá, discípulos, ese corazon; y así lo ensancharon ellos, y perdonaron sus injurias. Esto es lo que san Pablo decia: Nuestra boca anda abierta tras vosotros, oh corintios, y nuestro corazon se ha ensanchado; ensanchad vosotros el vuestro de manera que en él quepan amigos y enemigos, los agravios, injurias y ofensas y el que las hace; que en esto consiste la perfecta y verdadera paciencia. Esta dificultad fué la causa de tratarse en la sagrada Escritura tantas veces y tan despacio este argumento, y esta mesma lo es de que habiendo yo de tratar de paciencia, y no ser la mejor ni la menos necesaria la que en las injurias se pide, no me quise contentar con menos que con un libro della entero, el cual, aunque es materia para muchos y largos discursos, será de pocos y muy sucintos; cuyo fin será solo averiguar cómo, no solo no es el tenerla negocio muy dificultoso, pero aun es forzoso y necesario, y juntamente poner alguna de las razones que le facilitan mas y le hacen mas ligero y gustoso.

### DISCURSO PRIMERO.

Que la ley del Evangelio no es imposible ni dificultosa, y menos el mandamiento de perdonar.

Una de las cosas en que Dios nuestro Señor ha mostrado mas su providencia, y en ella su grandeza y liberalidad para con los hombres, habiéndola mostrado en todas, es la facilidad del remedio que nos dejó en su ley para el mal de nuestras almas; porque, así como en las cosas necesarias á la vida humana la muestra dando tanta abundancia en lo mas necesario, sin que nos haya de costar dinero ni trabajo, como queda dicho; así, por ser la salud del alma tan preciosa, quiso dejar los requisitos della tan fáciles, que ninguno pudiese quejarse ni excusarse de alcanzarla y conservarla por la dificultad; porque, sicon atencion lo cotejamos, tienen mas fácil cura y remedio los males del alma que los del cuerpo, con ser los del alma mas graves y perjudiciales; porque, como la experiencia nos enseña, para una enfermedad del cuerpo, lo primero, un médico solo, como ellos dicen, no puede curar una multitud de enfermos; lo segundo, podria ser desear salud un enfermo y procurarla, y faltar con qué compre las medicinas y pague al médico su trabajo y arte; lo tercero, cuando pueda quizá no le hallará á mano, y si le halla, no tan docto que le entienda la enfermedad y sus causas y remedios, como es menester, con las cuales dificultades y con otras comienza Hipócrates sus aforismos; al fin, cuando se hallase todo á propósito, podria ser que la fuerza y malicia de la enfermedad venciese al arte de la medicina, como decia un poeta:

*Non est in medico semper relevetur ut aeger,  
Interdum docta plus valet arte malum.*

No está siempre la mejoría del doliente en manos del médico, porque muchas veces vence el mal á las letras y arte.

Pero si la enfermedad es del alma, se excusan todas estas dificultades, porque basta querer uno, con la gracia de Dios, de corazon ser curado, y por el mesmo ca-

so queda sano, segun aquello del salmo: Dije y determinéme de confesar al Señor mi pecado, y al punto me perdonaste, Señor, la maldad de mi ofensa; ninguna necesidad hay de dinero, antes se cura mejor mientras menos hay. Un médico suele bastar para millones de hombres; ninguno hay tan grande mal que venza á los médicos ni medicinas, no hay necesidad de gastos, caminos ni peregrinaciones. El reino de Dios dentro de vosotros está, decia el Señor. Esto decia Dios á su pueblo por su profeta: El mandamiento que te doy en este día no excede á tus fuerzas, no está lejos de tí, no en el cielo, porque no te excuses de cumplirle diciendo: ¿quién podrá subir al cielo para que nos le traiga y le oigamos y sepamos, y sabiéndole le cumplamos? Ni está allende el mar para que no digas lo mesmo; que á par de tí y dentro de tí está, y en tu boca y en tu alma, para que le tengas á mano y le cumplas. Y pues esto se dice allí de una ley de quien san Pedro dice que era una carga tan pesada y dificultosa, que ni ellos ni sus padres pudieron con ella, ¿cuánto mas lo podrá decir Cristo, nuestro Señor, que todas las dificultades tomó á su cargo para librarlos dellas? En figura de lo cual mandaba que, cuando contasen el pueblo, todos ofreciesen medio siclo, y que el rico no ofreciese mas ni el pobre menos; que, aunque en la presentacion del primogénito al templo mandaba al rico ofrecer cordero y al pobre palominos ó tórtolas, era porque aquel sacrificio era por el pecado, y destos hay mas y mayores ordinariamente en casa de los ricos; pero acullá los iguala en la ofrenda, para dar á entender que para el cumplir de la ley todos son iguales y obliga á todos igualmente y á todos es fácil, sin haber necesidad de riquezas para cumplirla; así que, la ley de Cristo es suavísima, como él dice en el Evangelio, y su carga ligera, como san Agustin dice, que por eso es ligera á los buenos (dejando aparte cuanto lo es de suyo), porque la lleva Dios con ellos, y por esto la llama yugo, porque va unido con el que lo cumple, y parte con él el trabajo.

Esto quiso decir san Juan Bautista cuando en el principio de su predicacion, trayendo lo de Esafas, dijo que todo valle habia de ser lleno con la venida del Señor, y todo monte habia de ser allanado; que es quitarse los tropiezos, barrancos, cuevas y dificultades del camino del Señor que antes habia en la ley vieja, y andar los cristianos por el camino llano; cuyo comento destas palabras fueron las que el profeta Baruch dijo, semejantes á ellas: Constituyó el Señor de humillar y allanar todo monte alto y peñas levantadas y de henchir los valles allanando la tierra, á fin de que Israel anduviese con diligencia haciendo la honra de Dios; lo cual viendo otro profeta ya cumplido en el tiempo del Evangelio, en espíritu de profeta dijo: Consolad, consolad á mi pueblo y hablalde al corazon; que es decir, hablalde y decilde regalos y cordiales caricias, porque esto es hablar al corazon, que siempre quiere pláticas dulces y alegres, y huye de las tristes y amargas. Lo lo que le habeis de decir es, que ya su malicia es acabada, esto es, su trabajo y afan, que esto quiere decir allí malicia, y en otras muchas partes de las divinas letras, como san Jerónimo y otros lo notan, y en el libro primero y segundo deste libro queda advertido mas largamente. Así que, en decir

que se acabó para el pueblo la malicia con el Evangelio, es decir que la molestia y trabajo y disgusto se le acabó; porque la ley que en él se predica viene descargada de todo afán y trabajo con que antes della se vivía; harto mas escabroso y áspero es el camino de los malos que siguen el del mundo y la carne. ¿Qué hicieras si Dios te mandara solicitar una mujer casada, principal, con la costa, inquietud, peligros y desconciertos que agora usan los que tratan deste pecado, ó si te mandara pretender un oficio en corte ó sustentar las galas y vanidades que el mundo inventa? ¿Quién no murmurara? ¿Quién lo sufriera? Pues no te dejó sino el camino llano y fácil, cuya diferencia dijo brevemente el Sabio: El camino de los perezosos (por quien san Gregorio entiende los pecadores y malos) es camino de espinas y abrojos; pero el camino de los buenos sin tropiezo chico ni grande. Esta facilidad nace de dos raíces: la una, de haber el Señor reducido seiscientos y trece preceptos de la vieja ley al precepto del amor, que es solo uno y suave; la segunda, el favor y ayuda que nos da para cumplirlo, y á veces mayor en lo que mas dificultoso parece; que en lo fácil mas veces permite que caigamos. Esto segundo, dice san Gregorio, porque conozcamos nuestras pocas fuerzas, y lo primero porque conozcamos su favor, pues mediante él, y no menos, vencemos lo mucho, teniendo experiencia que caemos en lo poco; así como el padre que lleva á pie el hijo pequeñito por lo llano, donde aun muchas veces tropieza y cae, pero por las peñas, por los ríos, por los atolladeros y otros malos caminos le lleva á cuestas y en sus brazos; de donde se siguió que el niño va mas seguro y descansado por el mal camino que por el bueno; porque por el bueno trabajan sus pocas fuerzas, y por el malo los brazos de su padre; y esto es ser yugo, pero yugo suave, la ley de Jesucristo. Y si tú experimentares dureza en ella, atribuirle debes á tu mala inclinacion y costumbre, que ella muy ligera es y suave para toda cerviz. Misterio tuvo cuando el Señor publicó el del Santísimo Sacramento, que unos dijeron, dura palabra es esta, hablando de aquella que les decía el Señor: Si no comiéredes mi cuerpo y bebiéredes mi sangre, no tendréis en vosotros vida. Y oída esta respuesta, volvióse á sus discípulos y dijoles: Y ¿vosotros quereis tambien partiros de mí? Responden: Señor, ¿dónde irémos, que teneis palabras de vida? Cosa maravillosa parece á la mesma palabra tan diferente respuesta de la primera, pero no lo es; porque la dureza que los primeros hallaron no estaba en la doctrina, sino en el corazón del que respondió que era dura. Dice el bienaventurado san Bernardo: Así, os digo que hasta hoy, cuando Cristo habla, es manifesto que sus palabras son á algunos espíritu y vida, y por eso le siguen; y á otros, porque les parecen duras, buscan en otras partes y por otros caminos su miserable consolacion. Así que, no traen la carga y peso las palabras, sino en las orejas agravadas se halla, y por eso se les antoja que Jesucristo les manda cosas graves; pero la verdad es que sus mandamientos no son pesados. Esto es lo que el apóstol san Pablo decía: La palabra de la cruz á los que perecen es locura, pero á los que van camino de salvacion antes trae consigo la fuerza para guardarla. A los vasos

de barro es la ley de Dios vara de hierro, que no tiene ese nombre sino por ser mala de doblar, que eso es lo del salmo: La vara de tu reino es vara igual y derecha; todo el mal es mirarla de lejos y no probarla de cerca, que luego parecería lo que es. Mirala el mundo de lejos y hála miedo y huye, como Moisés á su vara, que le parecía serpiente y huía, hasta que el Señor le dijo que la tomase por la cola en la mano; y haciéndolo así, se volvió vara la que mirada de lejos era sierpe; así lo es la ley de Dios mirada de lejos, que te hace huir. Comparaba Séneca la virtud, que es el cumplimiento de la ley, á las montañas que se encuentran en los caminos, que vistas de lejos espantan al caminante, pareciéndole que son menester alas para pasar aquella altura, y á veces se vuelven atrás, desesperados de poder pasar de la otra parte; pero, llegados al pié de la sierra, se ve que hay camino, no solo para el que á pié camina, pero para cabalgaduras y aun carros; así es el que, despreciando la dificultad que la virtud ó la ley ofrece á los ojos, se llega á ponerla por obra, que allí experimenta la facilidad aun para fuerzas mas flacas que las suyas.

Segun lo que queda dicho, no solo el resto de la ley del Evangelio queda descargada de dificultades y asperezas, pero el consejo ó mandamiento del perdonar las injurias y agravios de nuestros hermanos lo queda; pues, como san Agustín dice, ninguna excusa nos queda del no cumplirlo; que esta limosna (que así llama al perdonar y amar al enemigo) no nos la mandan sacar de la bolsa ó de la despensa, que no todas veces sería fácil de hallar en ella, sino del corazón, que nunca puede ser agotado de amor y caridad y perdon de injurias; sola la pasión, que nos ciega al tiempo de perdonar, nos hace bravo y dificultoso lo que es tan fácil por tantos caminos, que, si trocásemos las balanzas y fuésemos los injuriadores, nos parecería en el injuriado facilísimo el perdonar; porque entonces, en lugar de la pasión, que ciega, habría deseo del perdon, y este todo el mal tropiezo allana; y pues con sola luz natural tenían muchos gentiles este camino por llano, de donde tiene el cristiano harta razón de avergonzarse, ¿por qué no lo ha de ser mas en el que tiene fe, ejemplos de raros perdones de injurias y favor especial, prometido y aun á veces experimentado para sufrirlas y perdonarlas? Muchos ejemplos nos pone Plutarco en un libro entero, que intituló de los *Bienes y provechos que podemos sacar de los enemigos*. Séneca dice ser necesario buscar los enemigos para ser amonestados á vivir con recato, en que el enemigo y su persecucion tiene mas fuerza que la blanda persuasion del amigo. César lloró viendo la cabeza de Pompeyo, su enemigo; Alejandro decendió de su caballo viendo á Darío, su enemigo, muerto y caído del suyo, diciendo que lo hacia para confesar que los sucesos de la guerra eran varios; Porsena se hizo amigo de Scévola, uno de los conjurados contra él; y de Diógenes, filósofo, dice Laercio que, habiéndole escupido Léntulo en la cara, le dijo con gran mansedumbre: Yo publicaré, Léntulo, que se engañan los que dicen que no teneis boca. ¿Qué dirémos de aquel príncipe de los atenienses, Poción, que, condenado á muerte por engaños y asechanzas de los suyos, preguntado qué quería dejar dicho á su hijo antes de la muerte, res-

pondió: Lo que quiero es que jamás se acuerde de la injuria que agora de los atenienses padezco; que parece que habia leído y profesado la ley del *Levitico*, que dice: No tengas en la memoria la injuria de tus ciudadanos; y semejante fué la ley que refiere Plutarco que hizo aquel gran Trasibulo, que, después de haber librado á la ciudad de Atenas de la tiranía de treinta tiranos que se habian levantado, después de pacífica la ciudad y hecha la reconciliacion con los tiranos, mandó por ley que para siempre ninguno dellos fuese acusado de la traicion pasada; la cual llamaron la ley del olvido. Pues si esto era tan fácil y tan usado entre los gentiles, ¿por qué ha de ser dificultoso y olvidado entre los cristianos? De los cuales dice el profeta Zacarías que en el tiempo dellos habia de haber hombres como David y como los ángeles (á los cuales fué el mismo David comparado), que quiere decir, sin pasiones, sin venganzas, gente perdonadora, que, aunque los ofendamos con nuestros pecados á los de nuestra guarda y á los demás que están en nuestra presencia, y lo sienten en el alma, pero ni se enojan con nosotros ni nos dejan, antes hacen su oficio como antes; así hay muchos hombres agora como ángeles, mansos, perdonadores y casi como insensibles de injurias, como del santo Job lo dice la Escritura, que habia como agua, tan suavemente y tan sin desgusto ni estorbo las moñas, y injurias que le decían y hacían; así los hay agora como ángeles de Dios, como David, que ni se enojaba con lisonjas ni se enojaba con injurias y maldiciones, y así como los ángeles, por malos que seamos y malas las obras con que se ofenden; y el desprecio de sus consejos y amonestaciones, no dejan de guardarnos y aconsejarnos. San Juan Crisóstomo dice que la reconciliacion con nosotros de nuestro enemigo mas está en nuestra mano que en la suya; cuyas palabras son las que se siguen: Todas las veces que de su mansedumbre alabares á David, alábalas mas de haber guardado la vida á Saul. Pues bien considerado, mucho menos es refrenar las propias codicias que vencer el furor ajeno y reprimir un corazón tan emponzoñado, y sacar de tan deshecha tempestad tanta y tan sosegada tranquilidad y bonanza, y bañar de lágrimas los ojos furiosos y homicidas, que esto es negocio de pánico y admiracion; porque, si Saul hubiera sido hombre moderado y justo, no era dificultoso volverle á la antigua virtud; pero, habiendo sido fiero y traído á la cumbre de la malicia, y habiendo ya acometido al homicidio, volverle en tan breve tiempo y mudarle de suerte que lance del alma toda aquella amargura, ¿á quién no espantará que merezca nombre de filósofo? Así tú, si alguna vez tu enemigo te viniere á las manos, no pongas los ojos en cómo te vengarás y le enviarás dellas deshonrado y maltratado, sino en cómo le sanarás y le volverás á buen seso y juicio, ni le dejes de la mano hasta que lagas y padezcas todo lo que fuere necesario, para que de tu mansedumbre quede su malicia y su insolencia vencida, pues para esto tienes las armas mas poderosas, que es la humanidad y benignidad; lo cual declaró un sabio, diciendo: La palabra blanda quebranta los huesos. Dime, tú, ¿qué cosa hay mas dura que un hueso? Y con todo, cuando uno fuere tan duro como un hueso, fácilmente le que-

brantará y ablandará el que con mansedumbre le tratare. Y otra vez dice el mismo: La respuesta humilde desbarata los enojos. De donde queda claro que el alborotarse tu enemigo ó reconciliarse contigo mas está en tu mano que en la suya; porque no está en la de los airados, sino en la nuestra, el apagarse su ira ó encenderse mas de lo que está. Estas son palabras de san Juan Crisóstomo; lo cual luego declara con este ejemplo: Si soplares un fuego pequeño, claro está que le enciendes mas de lo que está; y al revés, si le escupes, le apagas; y lo uno y lo otro está en tu mano, porque lo uno y lo otro sale de tu boca. Lo mismo acaece en la enemistad de tu prójimo: si en tiempo della y de su cólera dices palabras hincladas, enciendes el fuego de sus enojos y enciendes los carbones de su cólera; pero si respondes palabras blandas y moderadas, antes que mas se encienda la ira, la tienes apagada. No alegues pues díjome esta y aquella injuria, pues el decirle y el callarla estuvo en tu propia mano; y desta manera está en tu poder encender la ira como centella, ó apagarla, y levantar á amansar el furor de tu enemigo. Hasta aquí Crisóstomo. Pues ¿qué cosa mas fácil que la que en nuestra mano está puesta? Mayormente si tratamos de domar nuestros ánimos para que, apartando los ojos del propio amor, los pongamos en quien nos manda negar á nosotros mismos, á quien no debemos agradar, sino á quien lo manda.

## DISCURSO II.

De la primera razón para tener paciencia en las injurias y perdonarlas, que es mandarlo y rogarlo Jesucristo, nuestro Redentor.

Aunque no tuviera esta virtud otra razón para ser amada y preciada de los hombres sino haberla Jesucristo dejado mandada, y por principal negocio de su regalo y nuestro provecho tan encomendada, era esta tan bastante, que Tertuliano dice que es atrevimiento grande buscar otras donde esta se descubre. Las palabras deste doctor son: Atrevimiento me parece el disputar qué tal es lo que Dios manda; porque lo que Dios una vez manda, aunque es bueno, no se ha de obedecer porque lo es, sino porque él lo manda; y para hacer el mandado, primero es la majestad del poder de Dios y la autoridad del que lo manda que el provecho ó interés del que ha de obedecer. Si es bueno hacer penitencia ó no; ¿qué revuelves? Dios lo manda. Hasta aquí son palabras de Tertuliano; y aunque no da mas razón que esta, ella es clara, porque Dios es á quien sirve cielo y tierra y todas las criaturas, aun antes que tuviesen ser; porque san Pablo dice que llama Dios las cosas antes que sean, como si ya fuesen ó como á las que ya son. Cuando criaba el mundo llamaba al sol: ¡Ah sol!—Señor, ¿qué mandais?—Que seas.—Que me place, Señor, ya soy.—¡Ah cielo!—Señor, ¿qué mandais?—Que seas.—Que me place de ser; ya soy, Señor; Y así de las demás. Y no fué san Pablo el primero que lo dijo, que antes lo habia dicho el profeta Baruch, hablando del gran poder de Dios, diciendo: ¿Sabeis qué tal es Dios? El que envía como un paje á la luz y la llama otra vez y obedece temblando, y á las estrellas les dió luz en los lugares donde las puso, y la tienen con alegría; y cuando las crió

no hizo mas que llamarlas, no siendo para que fuesen, y ellas respondieron: Señor ya somos; y comenzaron á servirle de alumbrar con alegría á quien él quiso, porque él las crió. Este es nuestro Dios, y no hay ni habrá otro que compita con él. Hasta aquí son palabras del Profeta; de las cuales y de las de san Pablo se saca el gran poder de Dios, pues el Rey manda y llama al paje que tiene, y al que no tiene en balde le llamará; pero Dios así manda y llama á las cosas que no son como á las que son.

Pues este es el Señor, es el que nos manda perdonar las injurias, diciendo y advirtiendo que él es el que lo manda: Este es mi mandamiento: que os ameis, que os sufráis, que os perdoneis unos á otros. Y en otra parte: Aunque se dijo á los antiguos, amarás á tu amigo y aborrecerás á tu enemigo; pero yo os digo que ameis á vuestros enemigos. Yo soy el que lo mando; yo, que mandé á la ballena que tragase á Jonás, y luego le tragó, y en diciendo que lo vomitase, lo lanzó luego; yo, que mandé á los leones que no tocasen á Daniel, y al fuego que no quemase á los mozos en Babilonia, al mar que diese paso á los de mi pueblo; yo mismo os digo y mando que os ameis y perdoneis unos á otros. Donde será bien notar que todas las cosas insensibles y irracionales obedecen á Dios, aunque sin entendimiento ni sentido. Así lo dice David en un salmo, donde convida á todas las criaturas que están en el cielo y en la tierra á loarle, desde los ángeles hasta las sabandijas, y en llegando á las que residen en los aires, dice: Vosotros, fuego, granizo, nieve helada y los vientos, que levantáis las tempestades, que os empleáis en hacer su mandamiento, lo cual entiende, no solo cuando hacen los oficios naturales para que fueron criados, como alumbrar el sol, quemar el fuego, correr las aguas, enfriar la nieve (cosa maravillosa es una llama de fuego cómo obedece cuando le mandan quemar un tizon, que dé vueltas por un lado y otro, dentro y fuera); pues no solo entonces, sino cuando les manda su Dios que hagan oficios contrarios á sus inclinaciones; lo cual hizo el fuego en el horno de Babilonia, quemando y no quemando, quemando las ataduras y los atizadores del horno, y reservando á los siervos de Dios. El agua del Jordan corre naturalmente cuando Dios lo manda, y no corre cuando él mismo lo manda; el sol se detiene y se oscurece cuando Dios se lo manda, como también alumbrar y sigue su carrera cuando él mismo lo manda; y así en todos los demás milagros, los cuales, cuando los obra, sirven de dar á conocer el poder de Dios y que es Señor de todo, á quien todas las cosas obedecen. Pues si todas las criaturas, aun las que son sin conocimiento, obedecen á Dios en cuanto les manda, aunque sea tan dificultoso, que sea contra su particular inclinación, cuya corriente siguen con tanta dulzura y suavidad; el hombre, que entiende esta razon y cuánta tiene de obedecer al que todo lo puede y de nada tiene necesidad, por ser Señor de todo, y al que puede, á pesar del inobediente, hacer su voluntad, ¿qué mas razon espera para luego obedecer? Mas ¿qué cosa habria tan dificultosa que un rey ó poderoso príncipe no acabase luego contigo, aunque fuese esta que tenemos entre manos, si él te la mandase ó rogase? Pues ¿qué poder hay en

la tierra que con el de Dios pueda compararse? Y pues él lo manda, él lo ruega y lo amenaza, ¿qué hay que aguardar mas razones? Luego bien dice Tertuliano que examinar lo que Dios manda para haber de obedecer, después de entendido que lo manda, es atrevimiento.

Esta razon bastó para hacer temblar á David cuando dice que los príncipes le habian perseguido sin culpa; pero que, con todo eso, estaba temblando su corazón de las palabras de Dios. Y dice san Gregorio: Que me maten si esto no es lo de la cueva, cuando á Saul cortó parte de la ropa, que le perseguía, con ser la persecucion tan injusta y tiránica. Cuando Jacob salió de casa de su suegro sin licencia suya, y el suegro fué tras él, le dijo que agradeciese á que Dios le habia mandado aquella noche que no le hiciese mal, con ser gentil idólatra, que aun al tiempo que lo dijo andaba allí buscando sus ídolos. ¿Qué ha de hacer el cristiano, que cree, adora y profesa la obediencia de Dios? Bueno fuera que cuando mandó á Noé que hiciese el arca y entrasen todos los animales en ella para librarse de su ira y de la muerte y acabamiento del mundo, que cuando los animales venian, escogiera Noé los mansos y los que á él le daban gusto, que habian de ser mas cercanamente para su provecho, como carneros, vacas, ovejas y corderos, etc., y en llegando el lobo, el leon y los asquerosos, no los quisiera admitir ni guardar en el arca. Pues eso hace el que, después de haber Dios mandado que abra y ensanche el corazón y admita en él todos, buenos y malos, amigos y enemigos, y solos admite á él los que le parece y de los que gusta de su amistad, y los asquerosos y ásperos de costumbres y los que aborrece no los quiere admitir, siendo de Dios el corazón y habiéndoselo mandado.

No obstante que concluye la sentencia de Tertuliano, que no habiamos ni era necesario tratar mas desta razon, pero, dispuestos para obedecer por ella, prosigamos adelante con las que el Señor nos dejó, para acabar de derribar esta fuerza y dureza de los corazones. Haz cuenta que no es Dios tu criador, ó aunque lo es, que no te manda perdonar la injuria, sino que es tu amigo solamente y te pide que lo hagas; ¿qué cosa nos podria pedir un verdadero amigo, que sin vergüenza le pudiésemos negar, mayormente siendo amigo, padre, hermano y esposo, y todo lo que en ternura de amistad puede obligar? O ¿qué padre hay en la tierra que con él se pueda comparar, habiendo él dicho que á ninguno de los padres carnales llamemos en su comparacion padre, porque ninguno dellos, con grande ventaja, tiene el amor paternal á sus hijos que él le tiene á todos los hombres? Pues á la amistad de Dios ¿cuál otra se puede comparar, pues él mismo dice que ninguna puede pasar de la que da la vida por el amigo, y él dió la suya, que era vida de Dios, por sus enemigos y ofensores? Pues si esto es así, que, pidiéndote tu amigo ó tu padre una cosa, por dificultosa que sea y grave, no se la habias de negar, ¿cuál se puede negar á tan buen padre como Jesucristo? Después de muerto el patriarca Jacob, cobraron miedo sus hijos acordándose de la injuria que á su hermano Josef habian hecho, que tan poderoso era en el reino donde quedaban, viéndose debajo de su poder, y tomaron por consejo de irse á él,

como fuerón, y decirle: Tu padre antes que muriese nos mandó que de su parte te dijésemos estas palabras: Ruégote, hijo, que te olvides de la maldad que contigo usaron tus hermanos y del pecado y malicia con que te maltrataron; y nosotros de nuestra parte te lo rogamos de rodillas, que hagas gracia deste pecado á tu mismo padre, que para rogártelo le tomó á su cuenta. Lloró Josef, consolólos y volvió por ellos, excusando su pecado, y diciendo: Hermanos, ¿quién es el que puede resistir á la voluntad de Dios, la cual fué causa que yo padeciese aquel trabajo? Por estas palabras, no solo los perdonó, pero añadió el consolarlos y el volver por ellos y excusarlos. Con lo cual cumplió lo que Jesucristo nos dejó enseñado en el Evangelio: Si alguno te cargare para llevarle algun peso ó carga trecho de mil pasos, ve con él y llévala otros dos mil; para que entendamos que aun hemos de hacer dos veces mas por el prójimo que sufrir y perdonar su injuria y aquello en que nos es cargoso. Así lo hace Josef, que le piden solo el perdón, y él añade excusa y consuelo, que son dos cosas mas; y las mismas nos dejó enseñadas por ejemplo en la cruz el Señor, el cual, no solo perdonó á sus enemigos y perseguidores y matadores, pero rogó por ellos al Padre y excusólos delante de su juicio, diciendo: Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen; y lo mismo hizo David cuando le estaba Semei injuriando: Déjale, maldígale, que Dios se lo manda.

Pues desta manera los que hacen ofensa á su prójimo, y yo en su nombre digo á los ofendidos esta misma razon que á Josef dijeron sus hermanos: Nuestro padre Jesucristo, y ¡qué buen padre! antes de su muerte, antes en la misma noche cenando, el día antes que muriese, dejó mandado que te dijésemos de su parte que te olvides de las injurias y de la malicia y traicion con que te traté, ó te trató Fulano en tal día, y yo de mi parte te lo ruego, que perdones á Jesucristo, padre tuyo y mio, esta ofensa que él tomó á su cuenta, para pagarla colmadamente á quien la perdonare. Quiero contar aquí un cuento que me acuerdo haber leído muchos años há, sin acordarme de qué autor, que no quiero darle mas autoridad que la que conmigo tiene; pero luego se verá que, aunque no haya sido, no es impertinente el contarle. Lei allí que habia un hombre muerto al padre de otro, y el matador andaba retirado y escondido del hijo del muerto, porque no le habia querido perdonar. Sucedió que un día de Viérnes Santo, andando las estaciones, el uno y el otro se vinieron acaso á encontrar en una calle, y turbado el matador, echóse á los piés del hijo del muerto, y díjole: Perdonadme por amor de Jesucristo, que murió tal día como hoy por nosotros; así él os perdone. Con estas palabras vino Dios en su corazón, y dijo: Yo os perdono por amor de aquel que en este día murió por mí; y levantóle del suelo y abrazóle y dejóle ir. Sucedió que en la primera iglesia donde llegó á sus estaciones estaba puesto para la ofrenda sobre unas almohadas, para que adorasen los que las andaban, un crucifijo mediano de bulto, y llegando este que habia perdonado á besar los piés al santo crucifijo, se desenclavaron las manos, y se levantó y le abrazó, besándole en el carrillo, y dijo en alta voz: A quien tal obra ha hecho hoy por mi amor, justo es que yo le haga

este regalo; y dicho esto, se tornó á enclavar las manos como de antes estaba. ¡Bienaventurado hombre, que tal regalo y favor mereció recibir de mano del hijo de Dios! Ya dije que este cuento no me acuerdo dónde le leí, ni le vendo por mas cierto que haberle leído; pero en caso que no sea verdadero, una cosa á lo menos es de fe católica y certísima, que este favor es lo menos que Jesucristo hará por quien le sirviere en perdonar las ofensas á su hermano, como expresamente parece en el discurso del Evangelio, y no solo en la otra vida, pero aun en esta sabe Dios mostrarse desto agradecido, como se muestra servido del que, olvidando las injurias, no conoce contrarios ni enemigos de quien tomar venganza, cuya demonstracion parece clarísima en lo que pasó el mismo Dios con el rey Salomou, cuando le pidió en su oracion sabiduría para saber gobernar su reino con justicia; que, en respuesta desta peticion, le dijo: Porque pediste para tí, no vida ni riquezas ni las vidas de tus enemigos, sino sola sabiduría para hacer acertadamente los juicios, por eso te concedo lo que pides, que seas el mas sabio que todos los hombres del mundo; y tras eso, te daré con grande abundancia las riquezas y gloria que no pediste, que ninguno la haya tenido tanta desde que en el mundo hay reyes; y asimismo la vida larga, si, como tu padre, caminares por mis mandamientos: tanto le agradó á Dios olvidarse de los enemigos y no pedir venganza dellos. ¿Cuánto mas se agrada de perdonarlos por su nombre?

## DISCURSO III.

Que no solo de palabra, mas aun con su ejemplo, nos enseña Dios á perdonar.

Con la costumbre ordinaria suya va Jesucristo en esta doctrina del perdón de las injurias de hacer primero lo que enseña, poniéndonos delante su ejemplo en cuanto Dios, que, como él perdona á los hombres tantas ofensas, así les perdonemos las nuestras, pues somos hijos de Dios, y los hijos se han de parecer en las condiciones á los padres. Por lo cual dice él mismo en el Evangelio: Perdonad á vuestros injuriadores y ofensores, porque en esto os parecais ser hijos de vuestro Padre celestial, que perdona á los suyos y les hace bien. Aquellas palabras, hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra, comunmente las declaran que, como en Dios hay una naturaleza y tres personas, así en el hombre una naturaleza y tres potencias. San Juan Crisóstomo lo declara del mandar á las criaturas. San Agustín, del perdonar, en que nos parecemos á Dios, á quien es propio el tener misericordia y perdonar, como la Iglesia dice en una oracion. Si los hombres conociesen la majestad deste título de hijos de Dios, poco era cuanto se les manda; título que no merecieron ni alcanzaron los ángeles por su naturaleza, como san Pablo dice: ¿A cuál de los ángeles dijo Dios tú eres mi hijo? Siervos sí los llama, que sirven al mismo Dios, y á los que quieren ser hijos suyos, como el mismo Pablo dice: Todos son espíritus, ministros enviados de Dios á la tierra en favor y para que sirvan á los que son herederos de la salud. ¿Cuánto le costó á David ser, no hijo, sino yerno de Saúl? ¿Cuántos trabajos, peligros y guerras? ¿Cuánto mas se ha de padecer por ser hijo de Dios y hermano

de Jesucristo, heredero del cielo, y parecido al Padre eterno y celestial? Pues en esto dice el Señor que lo parecemos mas que en otras cosas: lo uno, por ser propio de Dios perdonar pecados. ¿Quién puede perdonarlos, sino solo Dios? decían los del Evangelio. Aunque los ministros del sacramento de la Penitencia los perdonan, pero es por ministerio, y no de su propia autoridad, y pecados no hechos contra ellos, sino contra Dios. Solo Dios perdona los cometidos contra su majestad, y cuando otro alguno los perdona, es por su autoridad y comisión. Pero el que perdona las ofensas suyas, en esto se parece á su padre Dios. Lo segundo, se le parecerá en la impasibilidad, que, así como Dios no puede ser ofendido de nadie, esto es, que aunque el pecador le ofenda cuanto es de su parte, pero no penetra el pecado á Dios ni le fatiga ni entristece, porque tiene una naturaleza que no lo compádece; así, el que en esta naturaleza le parece y la participa, que son los hijos suyos por adopción y por participación de su misma naturaleza, no pueden ser ofendidos; que aquella naturaleza y gracia es como unas corazas divinas, que rebaten la ofensa sin recibirla, como en Dios. Está es lo que se le promete al justo en el salmo: No llegará el mal á tí ni el azote se acercará por tus moradas, y esto en siendo hijo de Dios. Porque, aunque sus enemigos lo procuran, no les llega pena ni tristeza, porque rebaten las ofensas, no con venganza, sino con paciencia, igualdad de ánimo y perdón de su corazón. Desto se espantan los ciegos, como san Pablo dice, hablando de las persecuciones de los tiranos, y de la paciencia con que los apóstoles las sufrieron. Estamos hechos un maravilloso espectáculo á los ángeles, al mundo y á los hombres.

Lo tercero, se nos parece ser hijos de Dios en el perdonar y sufrir. Porque negando á los padres y á las leyes del mundo, en las del cielo se echa de ver quién es hijo de Dios. Este es lo que san Juan dice, que dió poder á los hombres de ser hechos hijos de Dios, los cuales ni nacen de pecados, ni de carne y sangre ni voluntad de varón (que esto ya lo tienen renunciado, porque de allí no salen sino feroces, bravos, impacientes y vengativos, como les viene de su primero padre Adán), sino de Dios, que es manso, piadoso y perdonador, que, con ser tantas veces y tan gravemente ofendido de los pecados, y por otra parte, tan poderoso para castigarlos como quisiere y cuando quisiere, en lugar desto, les hace bien á todos; que manda al sol que salga cada día y alumbre y caliente á todos, buenos y malos, y envía sus temporales sobre todos justos, y pecadores. Y para que se entienda esta misericordia, nota que podría decir alguno: Esto hácelo quizá porque no se podría hacer otra cosa. Porque, ¿cómo podría él hacer que el sol alumbrase á los buenos, y no á los malos? Y ¿cómo había de llover en la baza del bueno, y no en la del malo, si están juntas? A esto digo que el poder de Dios á todo se extiende, y porque el malo lo entienda y el bueno no lo ignore, ya ha acontecido cuando la columna de fuego alumbraba al pueblo, y no á los egipcios. Y por Amós dice que para castigarlos y reducirlos les había enviado castigos, y el uno era que había llovido en unos pueblos, y no en otros, y que en una haza había llovido, y no en otra, y se secaba. Pues ahora para nuestra doctrina,

no quiere enviar este castigo, sino sol para todos y agua para todos. Y aun bien mirado, mas parte se llevan destos beneficios los malos, porque ellos son los ricos, como el salmo dice: Echa de ver que los varones pecadores se tienen las riquezas abundantes en el siglo; ellos tienen las tierras de pan, las viñas, dehesas, posesiones, ganados, el oro, plata y regalos, contentándose los buenos con lo que basta para el sustento, y algunos dellos con lo que los malos ricos desechan. Y nota que dice que hace nacer su sol, porque aun lo que tú das á tu prójimo y lo que le perdonas no es tuyo, sino ajeno, pues ni tu hacienda ni tu honra es tuya, sino de Dios. Pero Dios su sol y su agua da á los malos; tú no, sino la hacienda de quien te la manda dar ó perdonar. Pues si Dios hace esto con quien le ofende, y tú le quieres parecer como buen hijo, de esa manera á tus injuriosos y enemigos, no solo les has de perdonar, sino hacerles bien, y no excluirlos, antes mejorarlos en los comunes beneficios de tus prójimos; porque de otra manera, ni te parecerás ser su hijo ni él te conocerá por tal, pues no le parece en la condición de su naturaleza, que los hijos participan, que es ser perdonadora de sus ofensas, mansa y bienhechora para los que se las hacen.

De aquí es que cuando dió á Moisés aquel tan honroso título que le hizo Dios de Faraon, juntamente le dió la mansedumbre, que es propia de Dios, para que en aquel cargo procediese contra Faraon, como suele Dios proceder, como lo hizo; que, con ser aquel mal rey el ejemplo de la dureza y obstinación, siempre le fué sufriendo, perdonando y esperando, hasta que por mano de Dios vino á morir estándose en su pertinacia. ¿Quién tuviera el poder y comisión de Dios que Moisés tuvo, y el título tan honroso y el cargo de tanta honra y autoridad, que tuviera paciencia para tanta desvergüenza como aquel mal rey tenía, hasta ponerse á igualar con Dios, y aun á tenerle en poco y decir que no lo conocía! Mas ¿quién hay de los que agora andan injuriados, que, con tanto poder como aquel, esperase ni dilatare la venganza de su enemigo? Pues esta es la señal del no ser hijo de Dios ni participar de su clementísima naturaleza, no querer parecerse con él en cosa que tanto le retrae, como perdonar injurias y ofensas. Hasta Saul, la primera cosa en que se señaló en viéndose rey y lugarteniente de Dios en el pueblo, fué en disimular injurias, que cuando á sus oídos oía murmurar, la primera vez que se dijo que había guerra, dice el texto que hacia del sordó. David lo mismo en siendo rey, y de Salomón dice también la Escritura que le dió una anchura de corazón sobre todos los hombres de la tierra. Y no es de pasar una palabra que san Juan Crisóstomo dice sobre aquella del Evangelio, que no dice que hace salir Dios el sol sobre malos y buenos, sino trocadas las palabras, sobre buenos y malos, para dar á entender que por amor de los buenos hace este bien á los malos, para dejarnos también este ejemplo, que por hacerles este bien y otros muchos á los malos, les deja vivir entre los buenos; que si no fuese por ellos ya la justicia de Dios los habría echado á los infiernos; pero es tanta su misericordia, que los deja enyelos con los buenos para hacerles bien por ellos; que esta era la

pelea del ángel de Persia con el que guardaba el pueblo de Dios, cuando defendía que el pueblo no saliese de entre los persianos, porque estos no perdiesen los bienes que por su causa del pueblo Dios les hacia.

Mas dirá el bueno: ¿Qué comparación es esta, Señor, ó que semejanza entre los que en esta vida perdonamos, y Dios, que también perdona, para que por ella nos parezcamos? ¿Qué tienen que ver mis injurias con vuestras ofensas? ¿Quién soy yo para que con vos me igualeis y me parezca á vos? Mayormente que decís en otra parte de vuestra escritura: Perdonad y perdonaros he, y en la oración que me enseñastes decís que diga: Perdonadnos, Señor, nuestros pecados, como nosotros perdonamos á nuestros deudores; y aquí me decís que perdone las ofensas y que me pareceré á vos, que sois mi padre. ¿Cómo me puedo parecer, aunque perdone, pues las ofensas que han de ser perdonadas no se parecen? ¿Qué tiene que ver una palabrilla que me dijeron ó un agravio pequeño que me hicieron, con vuestras ofensas infinitas, hechas por un hombreillo contra la infinita majestad de un Dios que le crió y le redimió? Ciertamente una de las mas encarecidas mercedes que Dios hizo al hombre es igualar nuestras injurias con las suyas, porque cuando nos crió, aunque fué infinita merced la que con el ser nos hizo, pues sacándonos del abismo profundísimo de la nada, nos comunicó el ser, haciéndonos á su imagen y semejanza; mas en esto ni bajó su naturaleza ni igualamos á ella con la nuestra. Después, cuando encarnó, que fué el mas alto beneficio, aunque subió nuestra naturaleza de quilates, pero la suya no bajó ni perdió nada de su ser y majestad; solo fué la mudanza en nuestra naturaleza, que fué levantada al ser de Dios, pero ella no igualó con la divina; lo cual fué figurado en el hierro del destal de Eliseo, que había caído en el río, y á quien se le cayó vino llorando al Profeta, diciendo que era prestado; y para reparar este daño preguntó el Profeta dónde había caído, y aderezó un hastil y echólo encima del agua, el cual se anduvo siempre por lo alto della nadando sin hundirse, porque era su naturaleza del palo; pero el hierro que estaba en lo hondo subió nadando hasta juntarse con el hastil, porque se entendiese que para remediar al hombre, que estaba por el pecado en el profundo de la miseria, estándose la naturaleza divina siempre en lo alto de su majestad, juntó así la humana en una persona, quedando siempre la desigualdad de las dos naturalezas, subiendo la humana á la dignidad de la persona divina en quien estaba. Y cuando el Señor padeció las llagas, clavos y azotes, aunque Dios era el que lo padecía, se quedaban en la humana naturaleza sin que pudiesen llegar á la divina; de que fué figura el carnero que Abraham sacrificó, quedando Isaac vivo y sin lesión ninguna, y en los dos animales, que quedando el uno para sacrificio, iba el otro vivo al monte. Pero aquí parece igualar nuestras injurias con las suyas, diciendo: Perdonad y seréis perdonados; lo cual se dice de cualesquier injurias, pequeñas ó grandes, de un negro ó de cualquier hombre, por desechado que sea; porque á todos decimos: De parte de Dios perdona tus injurias, tales cuales, y perdonarás Dios tus pecados; lo cual espanta á la Iglesia tanto, que, así como comienza

el *Pater noster* en la misa con aquella reverencia y salva, diciendo: Amonestados con los saludables preceptos y con la divina enseñanza, tenemos atrevimiento á decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, etc.; siendo unos hombreillos pecadores, indignos de tan alto título como hijos de Dios. Así se ha de entender la misma salva y reconocimiento, extendida á todas las peticiones de aquella santa oración, y especialmente aquella que dice: Y perdónanos, Señor, nuestras deudas y pecados (como san Lucas dice), así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. La cual palabra, si el mismo Señor no nos la enseñara, pareciera descomedida y atrevida. ¿Qué dices, hombre? ¿Qué tienen que ver tus ofensillas con las que tú me has hecho, para que se haya de ir lo uno por lo otro? Señor, vos me lo enseñastes á pedir así, vos me mandastes que lo pidiese. Pues, amonestado con vuestro mandamiento, y enseñado y informado con vuestra doctrina y institución, me atrevo con todos á decir: Padre nuestro, perdónanos nuestros pecados, como nosotros perdonamos los que se hacen contra nosotros.

Pero bien será entender qué igualdad es esta, ó en qué la tienen cosas tan desiguales con estas dos. Verdad es que las ofensas hechas contra Dios no bajan de quilates para venir á esta igualdad con los nuestros, porque siempre se son infinitamente graves; porque, así como Dios es el que siempre sin haber perdido su infinita, así lo son los pecados que contra su divina Majestad se cometen, porque la gravedad de la ofensa se ha de medir conforme á la del ofendido, como acá vemos y experimentamos, que es mas grave una injuria ó desacato hecha contra la persona de un duque que en la de un ciudadano, y por el consiguiente, la que se hace contra la persona real mas que contra la del Duque, y así serán infinitas las ofensas hechas á Dios, como lo es la misma majestad contra quien se cometen. Pero no obstante esto, alguna manera de infinidad podemos hallar en la ofensa que perdona el hombre con que iguala con la de Dios; porque, demás de ser ofensa contra hijo de Dios, cual es el justo, pero tiene, allende desto, tal grandeza el ánimo del que perdona, que, no solo perdona la injuria pequeña, que tal es la suya si se mide con la poquedad de su persona; pero el ánimo es tan grande, que si la ofensa fuera tan grande como la de Dios, la perdonara por su nombre con la misma facilidad. Así como decimos que lo que san Pedro dejó por la vida eterna, aunque es poco en sí mismo y en lo que parece, por ser sola una barca y una red y otras cosas de poco valor, que no merecian ponerse en balanza con la vida eterna ni sacarlas á plaza delante del Señor para saber el galardón que esperaria por haberlas dejado; pero, mirado el ánimo con que san Pedro dejó aquello poco, y que con él mismo estaba presto de dejar á todo el mundo, y el cielo y cuanto hay en él, si fuera suyo, y cuanto Dios tiene criado y puede criar, por eso es grande la obra y digna de sacarse en público y saberse el premio que le corresponde, y de que lo sea no menos que la vida eterna y el mismo Dios. Así me parece que puede descubrirse y tantearse la gravedad de la ofensa nuestra y compararla con la de Dios, pues en realidad de verdad está obligado el que bien perdona á tener